

mapocho

Revista de Humanidades y Ciencias Sociales
Nº 41 Primer Semestre de 1997

HUMANIDADES

- El corazón sumergido, poema develador de la poética de Rosamel del Valle, *María Eugenia Urrutia* 9
- El viaje interior de la vanguardia: *Defensa del ídolo* de Omar Cáceres, *Miguel Gomes* 19
- Poesía contemporánea en Cuba, *Juan Nicolás Padrón Barquín* 35
- Los temas de muerte y la pobreza en las décimas de Violeta Parra, *Susana Munnich* 43
- Ni identidad, ni modernidad. Novela chilena y contingencia histórica en los últimos veinte años, *Javier Pinedo* 55
- Joaquín Edwards Bello y los judíos, *Salvador Benadava C.* 95

CIENCIAS SOCIALES

- Entre el abandono de las genealogías y el olvido de la ciencia política popular, *Enrique Fernández Darraz* 137
- Crisis económica y respuesta popular. La convergencia proteccionista en Chile, 1876-1878, *Sergio Grez Toso* 147
- La ley de instrucción primaria obligatoria: un debate político, *María Loreto Egaña B.* 169
- Nuevas estrategias comunicacionales de la segunda mitad del siglo XIX en Chile: la prensa "raciocinante" de los hermanos Arteaga Alemparte, *Carlos Ossandón B.* 193

TESTIMONIOS

- Presentación de *Umbral*, de Juan Emar en la Sala América de la Biblioteca Nacional, Santiago, 22 de agosto de 1996 207
- Palabras de Marta Cruz Coke M., Directora de Bibliotecas, Archivos y Museos; *Eliodoro Yáñez; Pablo Brodsky y Volodia Teitelboim* 209
- Rolando Cárdenas Vera o la anatomía de un olvido. Homenaje a Rolando Cárdenas, *Juan Pablo Riveros* 219
- Reiterar la forma de lo inasible (una mirada a la poesía de Tomás Harris). Homenaje a Tomás Harris, *Soledad Bianchi* 225

COMENTARIOS DE LIBROS

- Luis Moulian, *La independencia de Chile. Balance historiográfico*, *Miguel Valderrama* 231
- Luis Correa-Díaz, *Lengua muerta. Poesía, post-literatura y erotismo en Enrique Lihn*, *Miguel Gomes* 235
- Alberto Escobar, *Patio de letras 3*, *Lilian Uribe* 239
- Osmar González, *Sanchos fracasados. Los arielistas y el pensamiento peruano*, *Jorge Peña Zepeda* 241
- Nikos Kazantzakis, *Cristo*, Traducción y prólogo de Miguel Castillo Didier, *Luis Moulian* 246
- Igor Goicovic Donoso, *Pasando a la historia. Los Vilos 1855-1965*, *Luis Moulian* 248



BIBLIOTECA NACIONAL
DE CHILE

ROLANDO CÁRDENAS VERA O LA ANATOMÍA DE UN OLVIDO *

Juan Pablo Riveros

*Y quiero que adviertas, Sancho, que muchas veces conviene y es necesario,
por la autoridad del oficio, ir en contra de la humildad del corazón...*

Cervantes

En este ámbito, la cuestión es una y simple. Todo el mundo, en todos los tiempos, ha olvidado. Olvido que subrepticia o clandestinamente se va aliando –para el beneplácito de algunos pocos y el descuido inocentón de otros, en un comienzo, e implacable después– con la omisión, hermana carnal de la no acción, es decir, aquella lúcida acción que consiste en callar y llenar de silencios la vida y las acciones de un hombre y que con frecuencia colinda con la indiferencia, la envidia o, simplemente, el desprecio.

Pero, como sabemos, el olvido es también una virtud, una facultad, un don que alguien desde el más allá o el más acá, nos proporcionó para hacer el camino un poco más soportable. El olvido actúa aquí como una especie de agua fresca en un recodo cualquiera del sendero. Éste es el buen olvido. La leve penumbra del olvido que pasa primero por una instancia personal y que luego la solidaridad colectiva asume con respeto. En el fondo, de una manera u otra, aletea en esta actitud el amor. Palabra ésta bastante desprestigiada en una sociedad como la nuestra en que el olvido adquiere sus matices más negativos y, en la que el mordaz y corrosivo olvido como omisión, es una sólida y prestigiosa institución nacional.

Pero ¿a qué viene todo esto en un momento de recordación? El punto es que estamos recordando a un poeta muerto en aras del olvido. Y el punto es que hace siete años atrás a la gran mayoría –salvo tres o cuatro de su círculo más íntimo– le importaba muy poco lo que hacía, pensaba o escribía ese poeta.

Recién hablaba de un silencio mayoritario inocente, en tanto involuntario fruto del desconocimiento, pues nadie está obligado a saber que existe o vive un señor tal o cual, que escribe y que hace o no poesía. La gran mayoría de los chilenos –nuestro pueblo de raíces agrarias que sueña con un mar que tiene ahí al alcance de la mano–, el pueblo de Chile no tiene responsabilidad alguna de ignorar la existencia de un ser humano que tenía como oficio –casi secreto si no fuera

* Homenaje a Rolando Cárdenas realizado en la Sala Ercilla de la Biblioteca Nacional el 25 de octubre de 1996.

por la fama espúrea que le proporcionaron algunos premios o becas— escribir poesía. En consecuencia, esta inmensa mayoría de chilenos, en propiedad, no olvidaron ni han olvidado. Nadie recuerda la nada, la inexistencia. Nadie recuerda lo que nunca ha pasado por el corazón, o al menos, lo que no le ha rozado los tímpanos.

El olvido es una acción que recaer —perdónenme la obviedad— en aquellos que admitieron olvidar. Y olvidan, aquellos que están próximos o que alguna vez estuvieron cerca. Olvidan aquellos que no quieren o no desean instalar en su memoria algo o a alguien, ya sea porque les es genuinamente indiferente o, simplemente, porque les es un semejante problemático o conflictivo o que les provoca algún oscuro presentimiento. Así, como deseamos olvidar a un testigo indeseado de un acto doloroso o vergonzoso. Tras el olvido está el abandono de la responsabilidad individual y social que tenemos para con aquellos que estimamos o que decimos estimar. De modo que, el olvido de aquel círculo de personas aledañas —aparentemente próximas— y que nos miran desde lejos, si bien parece marginal, no lo es, en cuanto —para bien o para mal, mercedamente o no— integran o forman parte del sistema de propaganda oficial de un país en donde la cultura se menosprecia y la falta de respeto —manifestada de las más variadas formas— es un lugar común. Grupo o cofradía que otorga carta de ciudadanía a un individuo cuyo oficio es, precisamente, dar cuenta cotidiana y silenciosa de los colores y hedores que caracterizan a una época. Dice Jorge Aravena, en un homenaje a Cárdenas en las *Obras Completas* editadas por Ramón Díaz Eterovic que esta actitud de lúcido olvido es un programa de acción para cercenar la independencia creativa y así poder manejar como títeres a las personas. El país de esta gente no merece que Rolando haya nacido en él... como el mismo Teillier. Este grupo de personas que vive en y del sistema —y cuya ideología y militantes cubre todo el abanico de la política nacional— practican hoy —y en todos los tiempos— aquello que, parafraseándolo, señalaba Orwell en *Rebelión en la granja*: “todos los poetas son iguales, pero unos son más iguales que otros”. En consecuencia “el pago de Chile” a sus intelectuales y artistas pasa, en primer lugar, por la clase que mantiene el poder en los ambientes artísticos o intelectuales ya sea en la capital o en cada una de las regiones del país. Y este poder lo van ejerciendo en el tiempo —cubriendo al artista y a su obra con el manto mundial del silencio— tras la bambalina oficial de lo que aquí se llama crítica literaria —y que frecuentemente es la no crítica— y cuya religión consiste en que la clase sacerdotal oficie y se exhiba permanentemente en la vitrina nacional.

Entonces, para poder escapar de los efluvios e influjos de esa cofradía secreta, el poeta tiene que morir. O asumir esa otra forma de morir que consiste en retirarse como especie de monje que se refugia en un convento, en una isla o en un departamento gris de la gris ciudad o, sencillamente, en la mesa de un bar. O investirse de esa otra forma contemporánea de morir que se traduce, en los más afortunados, en irse del país, es decir, en autoexiliarse.

Si examinamos la galería de los olvidados en nuestro país, debemos saber que no es a la gente del pueblo —aquella que vive de su trabajo, que cada tarde retorna a su hogar y que, eventualmente, en alguna fiesta familiar, repite tímida y

generosamente algunos versos— no es a la gente de nuestro pueblo, repito, a la humilde gente de mi pueblo, a quienes debemos pedir cuenta.

II

Rolando Cárdenas V. era un hombre de mi tierra. Y como si eso no fuera suficiente pertenecía a la etnia de los chilotes, vinculada de algún modo a algunos ancestros de los mal llamados alacalufes. En mi pueblo, los chilotes siempre se han caracterizado por un notable amor a la vida y a la tierra en la que vieron la primera luz. De estructuras anatómicas particulares —acentuadas genéticamente por herencias de largas generaciones en sus mínimas canoas— los chilotes de Punta Arenas han sido cálidos personajes que, inexorablemente, me recuerdan esas casas tan típicas de Magallanes con sus cocinas a leña y sus gatos y sus ventanales que “le hurtan su luz al día”, para guardarla y entregarla a los ocasionales huéspedes. En una palabra, esa tierra —tal vez, para compensar sus inmensos fríos o la imponente arquitectura del viento y de la soledad— esculpe en cada magallánico, la calidez, la bonhomía y la entrega generosa del corazón y de todo aquello que vale algo.

En esa época sobre todo, a finales de los 40 y comienzos de los 50 cuando sólo existía la radio y se escuchaba por primera vez la primera música, el primer verso en boca de un locutor desconocido en una emisora de Punta Arenas, o cuando la luz terminaba a las cuatro de la tarde en invierno, y aparecía tímida-mente al otro día a las nueve de la mañana, cuando, en fin, no existía la televisión, el hombre que llegaba del sur austral a la capital o “al norte”, como decimos los magallánicos, ese hombre recién llegado era de una timidez, de una ingenuidad y de una transparencia suicida, propia de un actual niño de 8 años. (Ahora, es cierto, los niños tampoco son lo que fueron). Sólo el tiempo iría endureciendo lentamente aquellos corazones australes en su exilio por otras regiones. En efecto, Rolando Cárdenas fue un exiliado porque en el Sur se nace en el exilio. La provincia blanca, como la llamaba Cárdenas Vera, es el lugar del silencio del viento, el silencio de la nieve, es la embrujada blancura que penetra el corazón y que jamás podrás olvidar, como no se olvida el amor primero. Y como el primer amor, la magnífica entrega del hombre de mi tierra es sin contemplaciones o, mejor, con muchas contemplaciones. La naturaleza entera, incomprensible para quien no haya vivido la experiencia del desierto y de la blancura que posee un gesto de altivez, de soberbia y de rebeldía que se instala en lo más recóndito del corazón de nuestros hombres. Bajo el fenómeno, es decir, bajo la apariencia de la humildad y de la timidez —también vinculada a nuestros ancestros indígenas— se halla la indómita e intransable fuerza del orgullo. Cárdenas pertenecía a esta estirpe porque era un hombre de mi tierra. Y todos los hombres de mi tierra tienden al silencio del exilio cuando se les hace insoportable el frío de los hombres. Y así como muchos otros que, de una u otra forma, pueden soportar fragmentos de exilio heredado —como alguien que duerme y come en casa de extraños por largas temporadas— Cárdenas tuvo que soportar, además del silencio de la cofradía, el exilio implacable nuestro de la época.

Un escritor como Cárdenas tenía que buscar refugio en el mutismo y, como lo atestigua Ramón Díaz en su edición de las *Obras completas*, esto es lo que se fue plasmando en su obra poética de los últimos años. *Vastos imperios* es una obra inconclusa que muestra, en la factura de los versos, un afán por callar, un empecinado anhelo de mudez, de guardar como un secreto preciado lo que la luminosidad de la naturaleza austral le reveló en su más cristalina infancia. Como es tan propio de los hombres solitarios, como un Zaratustra, Cárdenas se empinó en los montes occidentales de la provincia. Y cantó casi con los labios apretados. Abundan en ese poemario las alturas, un anhelo de pararse en lo alto de la Península, unas silenciosas ganas de transformarse en pájaro, en garza o en un festín de avutardas vívidas que se refugiaban en los graves pastos del Sur. Ahí, se escuchan mares y brisas que modelan las plantas de las huertas. Se respira el aroma de las coles, y se adivinan los vegetales bajo las blancas capas de hielo, como quien contempla los fósiles de dolores y amores perfectamente conservados. Cárdenas, como el Principito en el desierto, grita desde lo alto de la nieve de las colinas, pero sólo escucha el eco de su voz que se pierde entre el murmullo de los pequeños riachuelos de la provincia. Con esa ternura de niño amurrado —como diría la Mistral— buscaba en las aguas del Estrecho de Magallanes —antes nominado Hatelily— la huella de unos barcos que se perdieron en las proximidades de su origen y de su tiempo fundacional.

En *Vastos imperios*, Cárdenas sin concesión alguna retornó a la blancura, envuelto en el mutismo propio de los hombres de mi tierra. Como dice en su breve poema *Pájaros silbantes*:

*Pájaros silbantes son nuestras silbantes lenguas
que se exilian del rencor
bajo calmos tiempos desérticos.*

Y varios vocablos reiteran lo dicho: soledades, vastos desiertos, auroras, quintas de melgas solitarias y el escalofrío de la helada brisa sobre las papas, sobre las provincias, y flores de habas que aún perfuman la huerta o la quinta de la abuela, de aquellas abuelas que existían antes de las innovaciones actuales.

Sin embargo, ya no era necesario reconocimiento alguno, porque Cárdenas estaba al borde, a días de descifrar el gran enigma. Algunos podrían creer que tampoco ahora es necesario este pequeño homenaje que hoy le brindamos. Sin embargo, el reconocimiento del oficio de Cárdenas Vera, de su labor como escritor, es un deber, una responsabilidad que tenemos que ejercer con las generaciones futuras para quienes, en definitiva, poetas como Cárdenas y Teillier, han escrito.

Estoy recordando ahora, los pinos completamente nevados y colmados de tordos. Pero, Cárdenas, el bolichero de la esquina aún tiene encendidas las vitrinas de su almacén y los niños todavía juegan en las calles de la ciudad porque ha llegado la primavera, y la luz de la provincia inunda hasta tarde, la geografía celeste de la infancia. Es verdad, “ya nunca te verán como te vieran apoyado en la vidriera esperándonos”.

Pero los trineos esperan limpios el próximo invierno, y las banquetas de los colegios se aburren con nosotros en medio de la luz. Los mapas que cuelgan de las paredes en las salas de clases nos hablan de regiones demasiado áridas, demasiado frías. En nuestras calles, Cárdenas, priman los inocentes himnos de la luz y todos los árboles llenos de pájaros alivian la placidez de la tarde. Y el himno de la noche exprime sus abundantes senos sobre la provincia. La frecuente ausencia de gritos en nuestra tierra era algo que te hablaba del silencio del mundo. ¡Qué necesidad había de ir a otras regiones inhóspitas donde todo tiene un precio! La gratitud de las avenidas, pobre en árboles robustos, ricas en achaparrados arbustos doblegados por la fuerza de un viento que nunca más volverías a sentir en la profundidad de tu corazón. ¡Qué necesidad había, Cárdenas! Ahí frente a la industria de tu colegio flotan, esperándonos, esqueletos de embarcaciones plenas de leyendas, de piratas que saben todos los secretos imprescindibles. Pero, abandonaste el tañir de la campana y el observatorio que conducía directamente a los caminos mayores sembrados de esa inefable blancura. *Vastos imperios* quedaron abandonados a su propia suerte. Las grosellas de las quintas nos esperan ocultas en los cercos de madera, Cárdenas. Saltemos. La Gran Abuela pronto nos llamará para cosechar las papas y las frutillas llenas de acuarios luminosos.

Repito lo mismo que Teillier dijo: "Cárdenas, somos todos un poquito culpables".

En el libro escrito de Cárdenas, en 1982, se menciona que muchos aludían, con un tono de admiración, a la gran casa de la familia de Palgué, en la zona de Palgué, en la provincia de Cárdenas.

Algo más tarde, por el año 1983, se publicó un libro de poemas, recuadro de una selección de poemas de Cárdenas. Allí, a pesar de referirse a la gran casa de Palgué, a la zona de Palgué y a la zona de Cárdenas, no se mencionó en las palabras y frases de poesía, después del primer verso, recordarnos que vivíamos a veinte kilómetros.

En efecto, del manuscrito de 1982 a la publicación de "Cuadernos Lar", de 1985, hubo modificaciones. De este modo, en la obra *Palgué* inscrita en su factura algunos de los poemas que se enfrentan al poeta en Cárdenas a las estrofas de la zona de Palgué, y así se exageró un libro distinto, más breve, de poemas de la zona de Palgué. Que existiera, a pesar de la propia realidad, un libro que se refería a la zona de todo tipo de poemas, se agregó la condición geográfica que lo volvió casi exclusivamente para nuestro común uso y disfrute. En las primeras ediciones de los libros, editores, Tomás Hurtado, editores y los editores de la zona de Palgué, de 1986 y *El libro de Palgué* (1986) y *El libro de Palgué* (1986) y *El libro de Palgué*, que está completado con *Vago al viento* de la zona de Palgué y *El libro de Palgué*, cuyos antecedentes se ven en el libro de Palgué.

* Texto leído en el acto de homenaje a Teillier, organizado en la Biblioteca Nacional, el 11 de marzo de 1986, por el entonces "Secretario de la Biblioteca".